

AUTOR.

Que no hay quién me asombre,
y yo tengo la culpa, pues le sufro,
siendo su autor y siendo compañero,
que sirva á otros dando mi dinero.
Quítese los vestidos.

SEBASTIÁN.

Que es comedia
de un caso en Trapisonda sucedido.

CONDESA.

Sois un pícaro ¿y no érais mi marido?
Quejaréme al rey.

SEBASTIÁN.

¡Ah, perdonadme!

CONDESA.

Ya, por mi honor, con vos quiero casarme.

AUTOR.

Pues volved á empezar lo ya tocado,
y será para bien de lo bailado.

(La música toda.)

Músicos.

Estos son, niños de perlas,
los milagros de Madrid,
graciosos para contados
y vistos para reir.
Alerta, que es el que baila
disfrazado serafín,
armado con arco y flechas
entre el clavel y el jazmín.
Guárdense todos de lindos
mártires del dios Machín,
que es cielo para inclinarla
y Venus para rendir.
Casas labran los ricos,
y si viven las unas
aunque tiene las Indias
de Medina los pagos,
niñas las viejas,
todas se arriendan,
las más hermosas
los tiene en todas. ¹

¹ Reproducimos estos versos según el original, aunque son un puro disparate.

ENTREMESES

DE

ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO

63

I.—El Busca Oficios. ¹*Comedia en prosa.*

Sale MARCELO, que es el Busca oficios, y con él URBANO, su padre, con barba blanca, y ROMERO, su criado.

URBANO.

La ocupación que más fatiga es una ociosidad desocupada; y así, hijo mío, celebro vuestra utilísima elección; pues con informaros de las calidades de todos los oficios de los mismos que los ejercitan, aprenderéis aquel que nos pareciere más rico y menos pesado.

MARCELO.

Tanto nos fatiga ya esta diligencia, que no es la menor ocupación de un oficio el andar á buscallo, y así, por salir della, entraré en otra cualquiera, aunque la apariencia me la pinte muy importuna, y después, con la experiencia, la halle no menos molesta.—¿Quién llama? ¿Quién llama?

ROMERO.

Un hombre de los que hemos buscado, que viene á hacer demostración de las calidades de su oficio para enseñarle, si fuere á satisfacción; y no la trae él pequeña, con lo que presumo que, aunque de lo que ejercita podrá ser que sea buen oficial, en el trato común será majadero.

Entra DON SANCHO.

DON SANCHO.

Beso las manos de vuestras mercedes.

MARCELO.

Las de vuestra merced besamos mil veces.

¹ En su novela titulada *La Casa del placer honesto*. Madrid, 1620.

URBANO.

¿Quién es vuestra merced?

DON SANCHO.

Un hidalgo, aurora de sillas, asistente de salas, penitente de mesas y ostentativo de bayetas.

URBANO.

Coméntese vuestra merced, si es posible, que esto de hablar enigmático, aun en verso, es martirio; mire vuestra merced si podrá ser en la prosa dispensable.

DON SANCHO.

Ea, acomodémonos al auditorio: digo, pues, que soy escudero de la casa de un gran príncipe; llameme aurora de sillas, porque las más veces voy delante de damas bellísimas, que las ocupan como el sol á su esfera; asistente de salas, porque el tiempo que no piso las calles espero en ellas, entreteniéndome (con los demás caballeros, infantes y peones que están allí, sirvientes de otras señoras) con la dulce murmuración de nuestros amos, tan dulce, que aun á los rocines agrada, como las razones deste ingenioso texto lo afirman:

Cabecijuntos murmuran
tres á tres y cuatro á cuatro,
de sus amos los primeros,
por más parecer criados.

La palabra, penitente de mesas, habiendo dicho que soy escudero de un señor, no necesita de comentario, antes después acá pienso que habrá parecido el hipérbolo pequeño y mi queja modesta y templada. Ostentativo de bayetas, mi capa, que es de la misma naturaleza, lo dice, pues con venir tan calva y lampiña, mi presunción la engríe de modo que ella se desconoce, y aun los que la miran con vista más penetrante, dudan, y no se determinan á sentenciarla, creyendo que es más de lo que ven;

porque estos bríos ella misma los engendra en los que la visten, como aquella que es traje ordinario de los portugueses, cuyo generoso espíritu del mismo viento quiere hacer suelo para sus plantas, y aun pienso que les viene ancho.

URBANO.

¿Agrádaos este oficio, mancebo?

MARCELO.

No por cierto, porque hallo por mi cuenta que, con ser una religión tan áspera, en ella está la salvación muy á peligro; y ya que me vaya al infierno, no quiero irme por palacio, por no encontralle tan presto, sino buscar un camino que me lleve á él con más rodeo y menos disgusto.

DON SANCHO.

Conforme á esto, yo me voy, porque no sirvo aquí de nada. (Váse.)

MARCELO.

Vaya con Dios, que lo mismo debe de hacer en casa de su dueño.

Entra FEDERICO.

FEDERICO.

Yo soy un hombre, cuyos juro son un ánimo esparcido, una cara risueña á las injurias y paciente á los agravios; mi lengua es almibar de lisonjas. Traigo siempre el sombrero en la mano, porque si le quitara á cuantos hago cortesía, ya hubiera hecho ricos á todos los sombrereros, y así quiero más saludar á cabezadas que á gorradas, porque me sale más barato gastar de mi cabeza que de mi sombrero; sé las vidas de todos: lo que es bueno, publico, aumentando y estudiando; lo que no tal, lo doro con tantos esmaltes, que todo parece uno; soy un Calepino de las lenguas de la corte; con los de palacio digo: «Fulano está muy bien visto, anda muy válido», y otros melindres desta casta; con los soldados académicos de la Lonja de San Felipe mido las fuerzas al Turco, y á los demás monarcas, y á los fieles ó infieles; y con osadísimo espíritu barajo el mundo, de modo que pienso que para mí, aun aquella parte en que estoy de pies, no la reservo. Si asisto á la conversación de los que oyen todas las comedias nuevas, censuro con estas razones, acompañadas de visajes: «La fábula es impropia, pero el razonado muy bueno; ha sido bien representada, porque todos los desta compañía son grandes oficiales, y yo temí que se perdiera á la segunda jornada, pero enmendólo muy bien con aquel paso de graciosidad». Finalmente, con cada uno soy el mismo, y con vestirme el ánimo de tan diferentes humores, parece que es uno solo el que ejercito; miranme todos como á su retrato, y por esto, aunque los siga, no se ofenden, porque les parece que es oficio de la sombra seguir el cuerpo: y así como ellos se pagan tanto de la imitación que de sus personas hago, que cómo al tiempo que ellos comen y de lo que comen.

URBANO.

¿Qué os parece, Marcelo?

MARCELO.

Que para este oficio es menester mucha desvergüenza y próspera fortuna; y aunque para mí no sería muy difícil lo primero, hallo muy incierto lo segundo.

FEDERICO.

¿Cómo, cómo? ¿De aquellos sois que se lamentan de la fortuna? Quedaos con Dios, que ya os he conocido. (Váse.)

MARCELO.

Andad con el mismo, que todos estamos en un pensamiento.

ROMERO.

Lindamente se han llamado majaderos.

Entra CLAUDIO.

CLAUDIO.

Maestro soy de un oficio que se funda en muchas maestrías: canto un poco, que me sirve de mucho, porque á título de maestro desta buena gracia, entro en muchas casas desta corte á dar liciones á mujeres de muy buenos talles y de diferentes estados. Con las doncellas honestas y recatadas soy casamentero, proponiéndoles de sus amantes el más rico, de quien ya yo voy bien sobornado; los padres, que desean ver sus hijas siempre casadas con prosperidad, creyendo que en aquel negocio no tengo más interés que buen celo, me premian con regalos y dádivas cuantiosas. Si la empresa llega á lograrse, de cada uno recibo buena parte de agradecimiento, y cuando no, lo que empuñe el tiempo que duraron los contratos es imposible perdello. Si acaso las discípulas son gente más rompida, y dije mal: si acaso porque el número de las tales no es pequeño, entonces crecen mis utilidades, porque soy tercero de gustos ilícitos, que el mundo siempre paga con más liberalidad los pasos que se dan en servicio del diablo. En otras partes soy médico, porque tengo un libro de diferentes recetas romancistas con que curo todos los achaques de las mujeres con más felicidad que ciencia, y en esto pienso que todos somos iguales, porque en esta arte del curar los más aciertan por ventura. Para esto procuro siempre vivir en los arrabales; y como en ellos me ejercito en beneficiar los enfermos y no traigo espada, todos me llaman el señor doctor, gozando en el lugar de diferentes títulos: en unas partes soy médico, en otras casamentero, y en cuales maestro, que éstas son las más. De modo que sin haber cursado más universidad que la de mi industria, gozo de dos grados tan insignes, como son maestro y doctor; y como vuestras mercedes conocerán de lo que tengo referido, con el uno soy peste de las honras, con el otro de las vidas.

URBANO.

Agora cosa terrible es que pudiéndonos haber dicho vuesa merced su oficio con sólo una

palabra, ha querido que lo entendamos por el rodeo de muchas.

CLAUDIO.

Por una sola palabra es imposible. ¿Cuál es?

URBANO.

Embustero, bien que con primor y gentileza. ¿Qué decís á esto, Marcelo?

MARCELO.

Señor, que todas las partes deste oficio son pesadísimas, y que quiero más con mi ignorancia morir á manos de mi pobreza que con tan dañosa sabiduría solicitar el mal común.

CLAUDIO.

Bueno, bueno; hombre sois de sentencias y proverbios: ni en vuestra casa faltará jamás la hambre ni en la de vuestros vecinos la risa. (Váse.)

URBANO.

¡Qué satisfecho que se va con lo que nos ha dicho! ¡Qué propio es de los tales presumir con soberanías y discurrir con ignorancia!

Entra MONTILLA.

MONTILLA.

Mi vida es quitar vidas, no porque hasta agora haya pecado contra el quinto mandamiento, sino que me han atribuído algunos pecados ajenos en que yo he querido ser penitenciado, haciendo de la pena injusta seguro instrumento de mi fama. En sucediendo cualquier cosa en el lugar, me voy á casa de los embajadores, ó á los templos, y me hago hechor en lo que estoy inocentísimo. Los verdaderamente culpados me lo agradecen, porque ellos consiguieron su efecto, y aseguran su quietud en mi vanagloria, pues por dar crédito á mi espada arriesgo tan temerariamente mi vida: los demás que no saben lo interior desta materia, sin examinar el engaño aplauden mi valentía, y para con muchos soy un Hércules. Esta fama me solicita infinitos tributarios y aun tributarias que me sustentan y visten; á los ofendidos no los tengo quejosos, porque ninguno es tan necio que no sabe y averigua la mano y procura contra ella su venganza; antes éstos me disculpan, pretendiendo que se haga el castigo en aquellos que justificadamente sean escarmiento común y seguridad particular; pero yo, eterno vecino y morador de los cementerios, converso siempre con los muertos, como aquel que no los trujo á tal estado y que puede vivir seguro entre aquellos á quien no ha ofendido, bien que mi intento es dar á entender lo contrario; verdad es que por mucho que he procurado guardar la cara á las ocasiones, ha sido fuerza hallarme en algunas al lado de ciertos poderosos donde la opinión adquirida y la vergüenza de no perdella me han hecho valiente consumado, aunque puedo decir que de los ensayos de mis ficciones he salido famoso representantes de valentías.

URBANO.

Paréceme, Marcelo, que os veo más inclinado á este ejercicio por ser de armas.

MARCELO.

La señal de la santa cruz, que es arma contra el demonio, sea conmigo para librarme de tal tentación si alguna vez me acometiere; yo, señor, estoy más templado en mis pensamientos, y quiero, cuando Dios me lleve desta vida, morir antes en las manos del médico más cobarde que en las del más valiente espadachín. Vaya vuesa merced con Dios, que todos los demás oficios del mundo sirven á sus dueños de buscar la vida, y el de los valientes la muerte.

MONTILLA.

Oye, señor hidalgo, dos cosas le advierto: la primera, que desde luego puede celebrar bodas con el gallo; y la segunda, que las más veces, el más seguro camino de huir la muerte, es buscalla.

MARCELO.

Esa razón es buena para un amante desesperado: yo no pienso buscar á la que sin buscalla se viene, y váyase vuesa merced con Dios, que según se está de espacio en nuestra casa ha pensado que es cementerio.

MONTILLA.

Por Dios, que estaba por hacer... (Váse.)

MARCELO.

Yo pienso que todas las valentías de vuesa merced están en ese estado.

ROMERO.

Él se fué de mala gana y bien colérico.

MARCELO.

Él se desenojará en la primera taberna.

Entra VICENCIO.

VICENCIO.

La mayor parte de las herramientas de mi oficio (ó por hablar con más seguridad), toda consiste en la lengua. Tengo por principal ministro á la memoria, y tal vez á la imaginativa.

ROMERO.

Muy necio debe de ser el oficio deste, pues en juego donde entran la imaginativa y memoria se deja en la calle el entendimiento.

VICENCIO.

Finalmente, yo soy un correo intramuros que, vagando las calles del lugar, llevo nuevas de unas casas á otras, y tal vez chismes; para las verdaderas tengo necesidad de la memoria, y dando unas recibo dos pagas: la una aquella cantidad de maravedís, ó cosa que sirve para el vestido, ó la comida en que yo puedo estar á los oyentes, y la otra que de lo que hacen ó dicen recoge mi atención nuevas que me son utilísima mercadería en otro barrio; la imaginativa me acude cuando faltan las verdaderas, que entonces yo las fabrico á mi modo, mi-

diéndome con el auditorio y sazónándole el plato de que más se agrada. Cuando le importa á algunas de las naciones que en esta corte asisten que se eche una nueva falsa para la reputación y crédito de su patria, yo la siembro en la Lonja de San Felipe y patios de palacio; con tanto que la traigo, por lo menos veinte y cuatro horas en pie, y muchas veces tres y cuatro días, valiéndome para ello de algunos ministros, discípulos que para tales ocasiones tengo; en premio y agradecimiento recibo cantidad grande, y á mis oficiales doy satisfacción pequeña; para esto varío los trajes: hoy me visto de corto, mañana de peregrino, unas veces parezco soldado, otras persona eclesiástica, y tal vez religiosa. Andan en mí á un peso las mudanzas de las posadas y de los vestidos, porque siempre que me transformo me voy á otro barrio y hablo diferente lengua, y aún con mayor primor mudo el rostro y talle. El rostro, porque unas veces me dejo multiplicar los pelos de la barba, así en la latitud como en la longitud, que parece mi cara un bosque espeso, adonde á una los rayos del sol se les defiende la entrada; á ésta la doy diferentes bosquejos: unas veces la saco muy negra, otras muy roja, otras de color de avellana. Con el talle unas veces soy muy dispuesto y uso de la forma que me dió el cielo, que es en la que agora estoy; otras me finjo cojo, cuales manco, y algunas corcobado, y tal vez las corcobas las traigo duplicadas, como cartas de Indias. Llevo antojos sin ser corto de vista, cabellera sin ser calvo y báculo sin ser impedido; con que soy un remedio de las acciones de todos los mortales y un burlador de todos los sentidos, porque hasta el tono de la voz padece en mí inconstancia: unas veces es muy gruesa, otras sonora, cuales sutil; cuando quiero estoy ronco y áspero, y, por el contrario, claro y apacible; sé cecear y sesear, y últimamente hago con superior eminencia un tartamudo y luego un hablador muy expedito.

URBANO.

Desto último no ha menester vuesa merced traer testimonio, porque con lo que ha dicho queda bastantemente acreditado. Hola, Marcelo, parece que estáis divertido; ¿qué resolución tomáis en esto?

MARCELO.

Como divertido, estoy mareado, y me parece que sólo con revocar á la memoria todo lo que este caballero ha dicho en tan breve tiempo esta tarde, tengo suficiente ocupación para todos los días de mi vida.

VICENCIO.

Señor Urbano, su hijo de vuesa merced, el señor Marcelo, es inhabil; y así, para su merced no hallo oficio más á propósito que no tenelle, y sepa que éste en Madrid también es oficio.

ROMERO.

Anda con Dios, y al mismo le suplica que la ligereza de tu lengua se pase á tus pies, por-

que mientras más te alejares de nuestra casa romperás menos mi cabeza.

Entra DON LÁZARO.

DON LÁZARO.

Mi oficio es ser caballero.

ROMERO.

¿Luego el ser caballero es oficio?

DON LÁZARO.

Sí, amigo, y el más necesitado; digo, pues, que yo soy un hombre introducido á caballero, de seis años á esta parte; de modo que soy caballero con mi fecha y data; púseme el don después de haber barbado, porque me pareció que tendría menos autoridad siendo lampiño, y así esperé á que las barbas le aumentasen estimación; estuve dos años en el noviciado, donde pasé algunos martirios considerables, y que han de honrar la pluma del que fuere mi coronista. Mas después que antigüé, hablo como si trujera una bóveda en el pecho, siempre retumbante. Tengo mucha vanidad, y con ser tanta, profeso más estrecho parentesco con mis criados que con los señores, porque á los príncipes les llamo primos, y á los que me sirven hermanos. Siempre cómo lo más sabroso del mundo sin tener cocinero, y pruébolo con Garcilaso, cuando dijo:

Flérida, para mí dulce y sabrosa,
más que la fruta del cercado ajeno.

Hállome en las fiestas públicas, y tal vez salgo á ellas, y esto basta para fiesta para los que me conocen. Todo esto se funda sobre una bien corta hacienda, que me sirve para tomar algunas mohatras. Aventúrome al juego: si gano, me desempeño, y si pierdo, no pago, y hágolo trampa, valiéndome de las inmunidades de mi nobleza, que en esta parte todos los caballeros nos socorremos los unos á los otros, para hallar lo mismo cuando llegare nuestro día, jurando en nuestro favor, y aun buscándose cada uno un solar tan propio suyo en las montañas como si le hubieran edificado sus abuelos. Enamoro vírgenes por dos cosas: la una, porque me tiene menos costa, y la otra, porque esta galantería, como es honesta, puede ser más pública, cosa de que yo me pago mucho, y al fin miento sin que nadie me lo pida ni impida, porque es de notable gusto y no pequeño provecho.

MARCELO.

Padre y señor, supuesto que un hombre ha de tomar oficio, éste quiero; porque aunque no es el menos molesto de los que hemos oído, es el que más dice con mi naturaleza.

URBANO.

Yo desde luego te doy mi bendición para que, con la de Dios y con ella, salgas bien de todas las aventuras cortesanas.

DON LÁZARO.

Hola, hola; entren, pues, los criados de mi gusto, músicos y bailarines, y celebren la buena

elección del caballero flamante; mas esperad, que primero ha de jurar nuestras constituciones. Poneos á mis pies, y responded á lo que os preguntaré: ¿Prometéis de sacar fiado, y, en vez de paga, satisfacer con descortesías y desprecios?

MARCELO.

Sí, prometo.

DON LÁZARO.

¿Prometéis de galantear todas las mujeres que viéredes, y alabaros de lo que gozáredes y no gozáredes?

MARCELO.

Sí, prometo.

DON LÁZARO.

¿Prometéis de andar muchas veces en coche y pocas á caballo, siendo con esto muy mal jinete?

MARCELO.

Sí, prometo.

DON LÁZARO.

¿Prometéis hacer los mismos actos que fueren de virtud, más por vanidad que por ella misma?

MARCELO.

Sí, prometo.

DON LÁZARO.

Pues nuestro ruín ejemplo y vuestra mala naturaleza os hagan mal caballero, que con esto yo os doy licencia, de que os podáis llamar Don, aunque sobre el Marcelo cae con alguna aspereza, pero el uso la facilitará; decid todos: ¡Victor, don Marcelo!

TODOS.

¡Victor, don Marcelo; victor, don Marcelo!

Entran los MÚSICOS y bailan al mismo són.

UN MÚSICO.

Un caballero tiene de más el mundo.

OTRO.

Su desgracia es notable; póngase luto.

UN MÚSICO.

El oficio es difícil; ¿por qué le busca?

OTRO.

Antes está muy fácil, según se usa.

UN MÚSICO.

Dime, saber quisiera: ¿por qué está fácil?

OTRO.

Por lo mal que le usan los que le hacen.

UN MÚSICO.

Lindo caballero, gentil y libre, ya es muy de caballeros el ser gentiles.

(Váanse los MÚSICOS.)

DON LÁZARO.

Paseaos conmigo, que agora estáis en el peligro más considerable; porque habiéndose ido

estos músicos correrán los rumores de vuestra novel caballería por la corte, y acudirán los que son las antiguallas en esta profesión á pedir vuestro despacho, y á que les paguéis la patente, que es rigurosa desdicha, que aun de la caballería peona se haya de pagar tributo. Oid, oid, ya llaman á la puerta, y aun se entran sin llamar, que estos caballeros intrusos son gente insolentísima. Estad advertido para cuando os toque la vuestra no errar su imitación á su tiempo. ¡Oh, señor don Alberto!, ¿qué se ofrece por acá?

DON ALBERTO.

No se ofrece, sino se pide, y la petición es muy justificada: la patente deste hidalgo.

MARCELO.

¿Cómo hidalgo? ¡Jesús qué afrenta! ¿Hidalgo á mí, siendo tan grande caballero, y armado de la mano del señor don Lázaro, que es el archicaballero más venerable desta corte? ¡Mataréle, vive Dios! ¡Bueno, bueno, que un escudero me llamase hidalgo!

DON LÁZARO.

¿Han visto qué crédulo es? ¿No ven con la facilidad que se ha persuadido á pensar que es caballero?

DON ALBERTO.

Hermano, hermano hidalgo, los caballeros ancianos de nuestra profesión, no llamamos más que hidalgo al caballero novel que no ha pagado la patente.

DON LÁZARO.

Y á mí mis derechos.

MARCELO.

¿Cuáles son?

DON LÁZARO.

Los vestidos; porque yo, en haberos armado caballero desta ralea, he hecho peor oficio con vos que el verdugo con los que ahorca.

MARCELO.

Á fe de caballero que me desnudan, y este oficio es de tan poca vergüenza, que nunca estaré más á propósito. Mas ¿quién llama, quién viene, quién se entra?

DON ALBERTO.

¡Oh amigo don Gil! Vengan sillas, silla para don Gil.

DON GIL.

No se inquiete; conversación tan honrada, por mi vida que no se inquiete; y bien, ¿qué dice el hidalgo?

MARCELO.

¿Han visto lo que me hidalgúan! Parece que son los dos alcaldes de corte de alguna chancillería, y que se han juntado á despacharme la ejecutoria.

DON ALBERTO.

Hola, hola, ¿no he pedido sillas?

URBANO.

No las hay en casa, porque nos la sacaron ayer para una ejecución.

DON ALBERTO.

Ea, señor, que eso es estar en los principios muy adentro de la caballería; no os metáis tanto; salíos, salíos un poco.

MARCELO.

Esa libranza de cien reales les doy en un mercader, que está acetada, y mañana se cumple.

DON ALBERTO.

Habéis andado como caballero; en mi vida he visto tan buen caballero; dadme un abrazo, caballero, que por Dios que sois honrado caballero, y tan digno de ser caballero, que os debemos todos los caballeros reconocer por el mayor caballero.

MARCELO.

Lindamente me han caballereado, pero yo diles la librancilla falsa.

DON LÁZARO.

Por Dios que habéis alcanzado en poco tiempo los mayores primores de la caballería moderna.

ROMERO.

Señor, ahí está á la puerta un escudero, criado de un caballero anciano.

MARCELO.

Decilde que éntre á ese hidalgo: bien venido sea vuesa merced; cúbrase, por mi vida; ea, cúbrase.

CRIADO.

Digo así: don Julio, mi señor, es caballero anciano; hállase con una hija de más; querríase deshacer della, casándola con vuesa merced, á quien advierte que viene ejercitá en continuo ayuno y perpetua desnudez, y que trae por dote un estómago ensayado en vigiliás y un cuerpo despreciador de fríos y calores.

MARCELO.

Por Dios, que habiéndome de casar, la mujer me conviene. ¿Qué más gracias tiene?

ESCUADERO.

Ningunas, porque no baila por no romper más los andrajos que la adornan. No canta, por no alentar con fuerza, y poner, quien tiene tan poca virtud, á peligro la vida. Labor blanca ignora; pero tiene tanta maestría en la traza de echar un remiendo y disimular las puntadas, que todo lo que es blanco cose con hilo negro, y todo lo que es negro cose con hilo blanco, para que se disfrace más el arte y quede la pobreza más honesta.

MARCELO.

Mucha curiosidad, señores; al punto aceto las bodas, dóime por su marido. Vamos, vamos.

CRIADO.

No, señor, que su padre está á la puerta con ella; éntre vuesa merced, mi señor don Julio.

DON JULIO.

No pienso salir bien de la mercadería desta hija. ¿Recíbela vuesa merced, señor don Marcelo, á doña Rufina?

MARCELO.

Sí, mi señor, por esposa.

URBANO.

Yo por hija.

ROMERO.

Yo por señora.

DON LÁZARO.

Yo suplico á su merced me conozca por su criado, por serlo tanto del señor don Marcelo.

DON JULIO.

¿Han visto con qué de ruido se muere en esta casa de hambre?

ROMERO.

¿Hase de bailar?

DON JULIO.

Eso ha de ser en mi casa, porque me he deshecho desta hija; y en la del señor don Marcelo se llora, porque le hemos traído un grande estorbo.

MARCELO.

Eso es para la gente plebeya, que los caballeros no vemos á las mujeres más de cuando nosotros queremos.

URBANO.

Vámonos á cenar, que nos espera la cena, que otra noche la esperaremos nosotros á ella y no vendrá.

ROMERO.

Aunque en materia tan mala, ha dicho muy bien, porque esta es una sentencia que tendrá muchas veces ejecución.

64

II.— El Caprichoso en su gusto y la Dama setentona.¹

DON SANCHE y ROBERTO.

SANCHO. Es mi holgona monarquía campaña amena y hermosa, siempre alentada y briosa contra la melancolía. No me rindo civilmente á las fatigas vulgares, ni conozco esos pesares que son cocos de la gente. Jamás pérdidas sentí

¹ En la Casa del placer honesto. Madrid, 1620.

del mundo, con alma lerda, pues por mucho que se pierda, habrá un rincón para mí. ¿Quién al cielo pone tasa?, ¿quién á la fortuna muerde?, el mundo nunca se pierde, sino de unos á otros pasa. No estimo el verle regir más de persas que de godos, yo sabré vivir con todos, como me dejen vivir. Pues si lo vemos nosotros libre de pasión el pecho, no tenemos más derecho á él los unos que los otros. Por Dios que anduvo galán, ó que buen gusto tenía, el otro que ver quería el testamento de Adán. Pues con ingenio profundo así saber intentó, á quién la herencia dejó del mayorazgo del mundo. Que igualara los sujetos y él se supiera los modos, mandándonos algo á todos, pues todos somos sus nietos.

ROBERTO. Un roble debes de ser, si es que te puedes pasar libre de todo pesar, ó necísimo poder.

SANCHO. El poder siempre fué necio, achaque antiguo en el mundo, y así mi queja no fundo en tu soberbio desprecio. ¿Quieres ver qué tanto?

ROBERTO. Dí.
SANCHO. Que aunque necio me has llamado, estoy quieto y sosegado, sin que me ofenda de ti. Y es grande mi fundamento.

ROBERTO. Ya prevengo la atención.
SANCHO. Si es que yo tengo razón, con tenella me contento. Pero si en ti se previene, razón que es más singular, dí, ¿por qué me he de quejar de quien sé que razón tiene?

ROBERTO. Yo replico.

SANCHO. No repliques; cierto el argumento aquí, porque no me agrada á mí que te cebes ni te piques.

ROBERTO. ¿Y esa es razón?

SANCHO. Es mi gusto, y aun mi antojo.

ROBERTO. ¿Estás preñado?
SANCHO. No estoy sino muypreciado de gustar de dar disgusto.

ROBERTO. Estás muy señor en eso.

SANCHO. ¿Sátira á mí?, buen criado.

ROBERTO. En nada serlo he mostrado tanto.

SANCHO. Yo te lo confieso.

ROBERTO. Aquel criado que ayer despediste sin razón.

SANCHO. Fué mi gusto, esta opinión

en mi doctrina ha de ser.

ROBERTO. Su honra no me daba gusto.

SANCHO. Y causándome disgusto para mí estaba sobrada. Esto de honra, allá á las bellas doncellas debe dejarse, que sólo han de abroquelarse con su honra de doncellas. Que me causa mucho enfado que diga un escudero, muy espeso, y muy barbón, que su honra le han quitado.

ROBERTO. De tu aspereza se ofende.

SANCHO. ¿Qué tierno debe de ser!

ROBERTO. Dice que te quiere ver.

SANCHO. Pues sepamos qué pretende.

ROBERTO. Que le pagues de tu mano.

SANCHO. Tal no pienso hacer con él: siempre fuí señor fiel; nunca he sido yo pagano. Rinda su pretensión vana, que, si imito á mis mayores, antes, mis antecesores, mataron gente pagana.

ROBERTO. Pues yo pienso que él lo acierta.

SANCHO. ¿Cómo?

ROBERTO. Váse á la justicia, y á pesar de tu malicia, por esa encantada puerta entrarán, á tu despecho, el alguacil y escribano, con el Rey en una mano, y el buen ladrón en el pecho; y sacándote (esto entiendas) prendas, con rigor profundo, darán á entender al mundo que eres persona de prendas.

SANCHO. De pagarle luego gusto; por estorbar ese daño, dar quiero gusto al picaño, por quitarme á mí disgusto; pero pagalde en vellón, que darle con esto quiero descuartizado el dinero.

ROBERTO. El dinero no es ladrón, aunque él hace á los ladrones.

SANCHO. Sí es, que cualquier mohatrero hace ladrón al dinero, doblones hurtan doblones. Despedidme al licenciado.

ROBERTO. Dí si el médico ha de ser.

SANCHO. Sí, que yo no he de tener un verdugo asalariado.

ROBERTO. Su barba espesa te enfada.

SANCHO. No atinaste la razón: es porque los tales son una peste graduada; que son como el rey y el papa, que á nadie su estrago adula, una parca puesta á mula, y un veneno con gualdrapa; que poblado sepulturas con su presunción aleva, desierto el mundo, les debe el vivir á sus anchuras. ¿Fuiste al correo?

ROBERTO. No hallé

- carta de tu noble tío:
si está malo...
- SANCHO. Es desvario.
ROBERTO. Pues ¿por qué?
SANCHO. ¿Gentil por qué?
No ha de haber en los criados
¿por qué?, señor majadero.
ROBERTO. Pues ¿por qué?
SANCHO. Lindo grosero,
ya eres de los muy cansados.
Esta palabra ¿por qué?
se reserva á los señores
que son muy preguntadores.
ROBERTO. Por tu experiencia lo sé.
Pues cuando te maravillas,
y á preguntarme te pones,
te canto más respnsiones,
que en un año dos capillas.
SANCHO. Mucho me importa la vida
del buen tío; yo le quiero
más que un avaro al dinero.
ROBERTO. Comparación atrevida,
bien que civil por osada,
que entra en la comunidad
del vulgo.
SANCHO. Dices verdad;
esa corrección me agrada.
Pero volviéndome al tío,
débole el haberme dado
en vida bello ducado,
y más espero y confío;
pues si Dios se acuerda dél,
que para ello tiene edad,
su última voluntad,
liberal conmigo y fiel,
me dejará su heredero,
y amaneceré aquel día
vertiendo más bizarría
en el Oriente dinero.
ROBERTO. Oriente me satisface,
bien al dinero le viene,
porque quien dinero tiene
sólo con velle renace.
SANCHO. Voy á escribille.
ROBERTO. Tendrás
cuenta con el razonado
que vaya culto y peinado;
advierde que no dirás
nuevas que toquen en nada
á ministros superiores,
serán otros relatores
con pluma mejor cortada;
que si en su daño se ofrecen,
piensan que te han satisfecho,
y, si son en su provecho,
que envidias lo que merecen.
SANCHO. La sentenciona es pesada.
ROBERTO. Antes bien grave y severa.
SANCHO. Si algún plebeyón la oyera,
susurro hubiera y palmada.
(Vase DON SANCHO.)
ROBERTO. ¿Qué halcón navegando el viento
al juicio de éste se iguala?
que hace de la culpa gala
y afrenta del escarmiento.
Mas si miramos su humor,

- peregrino y singular,
no le podemos negar
que es loco de gran primor.
No es tanta la desventura
cuando de este modo viene,
que un loco, cuando entretiene,
da fruto con su locura;
que en mayor estima están
entre ingenios singulares,
locos que quitan pesares,
que no cuerdos que los dan.
Entra un hombre con el traje que platican los correos de á pie.
CORREO. Sea en esta casa Dios.
ROBERTO. ¿Quién dice que no está en ella?
CORREO. Yo no hablé por ofendella.
ROBERTO. ¿Pues podéis ofender vos?
CORREO. Puedo, más no lo deseo,
que el deseo y el poder
distantes vienen á ser.
ROBERTO. Bachiller es el correo.
CORREO. Latinicé algunos días,
y tantos grados subí
que el estudio conseguí
de entrambas filosofías.
Mas caséme pobremente,
y huyendo de mi mujer,
correo he querido ser
por no estar nunca presente.
Que huyo della, tan contento
como en las obras se ve,
pues con venir siempre á pie,
me da sus postas el viento.
ROBERTO. A los príncipes famosos
os pretendéis parecer,
que de la propia mujer
hablan siempre desdeñosos.
Volveos al común lenguaje,
que ese modo de alegrar
al pueblo, lo ha de gastar
la gente de gran linaje.
¿Qué nuevas traéis?
CORREO. Murió
de don Sancho el noble tío.
ROBERTO. ¿De qué?
CORREO. De algún grande frío,
pues que nada le mandó.
Mas sí, mandó.
ROBERTO. No creía
yo que algo no le mandase.
¿Y qué fué?
CORREO. Que le pagase
dos deudas que le debía.
ROBERTO. ¿Y á quién la dió? ¿Tuvo luz
en lo que debía hacer?
CORREO. Sí, mandóla á su mujer,
que es lo mismo que á una cruz.
Crucificó á su dinero,
aunque él ya viene enseñado,
pues nace crucificado
en casa del mohatrero.
ROBERTO. Mucho temo que llevéis
las albricias con un roble.
CORREO. No es dádiva de hombre noble.
ROBERTO. Ya noblezas no esperéis.
Sin duda que perderá
don Sancho el juicio este día,

- no porque al tío quería:
la herencia le dolerá.
Sale DON SANCHO.
SANCHO. Aquí aceché tus razones.
ROBERTO. No lo parece, mi dueño,
pues que sale tan risueño.
SANCHO. ¿De qué confuso te pones?
No sabes mi condición,
que de nada he de tomar
sobresalto ni pesar,
y más contra la razón.
Mi tío anduvo muy cuerdo,
la su mujer le ha sabido
granjear, pues que le ha sufrido
siendo moza amor tan lerdo.
Cara hermosa, brillo y talle
á su ancianidad rindió,
y fué tal, que no sacó
sus afrentas á la calle.
Yo cómo ocho mil ducados.
ROBERTO. Dí, señor, que comes dellos,
pues te ayudan á comellos
tus rocines y criados.
SANCHO. Mal la razón te salió,
della hiciste desperdicio,
comiéndose en mi servicio
también me los cómo yo.
Siendo así, quien tiene hacienda,
por hacienda no ha de hacer
pérdidas de su placer,
que es vilísima contienda.
Recibid esta cadena,
amantísimo correo,
en albricias.
ROBERTO. Lo que veo,
dudo.
SANCHO. No recibas pena.
¿Ya no te dije mi gusto?
ROBERTO. Sí, señor, y á él me acomodo,
que era hacer tu gusto en todo
y en nada tomar disgusto.
Mas aquí, no solamente
te ha disgustado el pesar,
pues te muestras alegrar
con él.
SANCHO. Qué mal que lo siente.
Mira, el más sutil primor
de mi ingenio, es ser brioso,
alentado y caprichoso,
huyendo el común error.
Si otro mortal recibiera
tal nueva, diera á entender
gran pesar, y no he de hacer
lo que otro cualquiera hiciera.
CORREO. ¿Piensas escribir?
SANCHO. Buen brío,
vos sois hombre bien hablado;
mas de vuestro razonado,
que de mi pluma confío.
¿No sois propio?
CORREO. Sí, señor.
SANCHO. Pues hablaréis propiamente,
CORREO. No sé yo cuándo.
ROBERTO. Es prudente,
si al hablar tiene temor.
CORREO. Ser propio es mi nombre impropio,
mi estrella y nombre condeno,
si vengo por gusto ajeno,
nunca he sido menos propio.
ROBERTO. Lo que hace por hablar
el pedestre caminante,
ya en buen hora farsante,
ya no tenéis que esperar.
SANCHO. ¿Habla más? Ya está pesado
con tantas necias malicias;
tome también por albricias
lo que le hemos escuchado.
(Vase el CORREO.)
ROBERTO. Ya se fué.
SANCHO. Quedó temblando;
el hombre es grande hablador.
ROBERTO. Tanto, que á solas, señor,
va por la escalera hablando.
SANCHO. Que rodara, por su afrenta,
me holgara, y por mi consuelo.
ROBERTO. Pues antes caerá en el suelo
cien mil veces que en la cuenta.
SANCHO. ¿Viste á mi dama?
ROBERTO. Si es
la caduca setentona,
me admiro que tal persona
ponga tu gusto á sus pies.
Por mi desdicha la vi:
necio amor, locos desvelos.
SANCHO. ¿Necio es un amor sin celos
que no hay tenerlos allí?
Yo amo más que los demás,
que otros quieren veinte años,
yo setenta, y sin engaños
cincuenta años quiero más.
Advierte, por vida mía;
mi asunto es de más alteza,
que otros quieren la belleza,
mas yo la sabiduría.
ROBERTO. Un amor que está sin dientes
sigues...
SANCHO. Tanto más dichoso,
no será dificultoso,
y, si como yo, lo sientes.
Lo que dello he colegido,
ROBERTO. Ve prosiguiendo, señor,
SANCHO. Es que es tan niño este amor
que aun dientes no le han nacido.
ROBERTO. Andásele por flaqueza
la cabeza.
SANCHO. ¿No es mujer?
Pues todas vienen á ser
iguales en la cabeza.
Que, como una misma estrella,
inquietas las hace estar;
son tan amigas de andar
que aun gustan de andar con ella.
Perdido estoy por Lucrecia.
ROBERTO. En bosque de tantos años
(que serán padres de engaños,
y mucho más si ella es necia)
el perderte era forzoso.
SANCHO. Otro respondiera aquí
que gané en lo que perdí;
mas ya es término enfadoso.
Un favor suyo estimara.
ROBERTO. Si por años te los diera
no hubiera mejor primera,

porque á setenta llegara.
 SANCHO. ¿Han llamado?
 ROBERTO. Sí.
 SANCHO. ¿Quién fué?
 ROBERTO. El boticario llamó.
 SANCHO. A la botica me olió,
 ya he sentido un no sé qué.
 ¡Qué tufo tan temerario!
 Échadle luego de ahí,
 que basta á purgarme á mí
 el olor de un boticario.
 ROBERTO. La cuenta viene á traer.
 SANCHO. Aún ese es tufo mayor,
 porque es purgarme, señor,
 de la bolsa, y no ha de ser.
 ROBERTO. Las recetas ha rotpido
 con el enojo y enfado.
 SANCHO. Ser liberal ha mostrado,
 que le pague ha merecido.
 ROBERTO. ¿Cómo, si rompió la cuenta?
 SANCHO. Yo he de pagar por antojo,
 no por cuenta; ¡lindo enojo!,
 vuestra miseria me afrenta.
 ¿Cuánto, en conciencia, os debía?
 BOTIC. Señor, hasta cien ducados.
 SANCHO. Dádselos luego doblados,
 y advertir, por vida mía,
 que este caprichar gallardo
 sólo es para un majadero
 que tenga mucho dinero.
 BOTIC. Vuestro dinero no aguardo.
 SANCHO. Esperad.
 BOTIC. No lo he de hacer.
 SANCHO. ¿Que un capricho tan galante
 quepa en hombre semejante?
 Príncipe merece ser.
 Boticario, ¡vive el cielo!
 que me ha muerto tu capricho.
 ROBERTO. ¿Págole?
 SANCHO. Lo dicho, dicho.
 ¡Quién le hiciera rey del suelo!
 ¿Qué hombre, que se determina,
 á tan noble caprichar,
 naciese sujeto á echar
 á otro una melecina?
 Yo os sacaré del oficio.
 BOTIC. Espero en vuestra virtud.
 SANCHO. Dios os dé mucha salud.
 BOTIC. El os restituya el juicio.
 (Vase el BOTICARIO.)
 ROBERTO. Audiencia pide el cochero.
 SANCHO. ¿Qué pide?
 COCHERO. Señor, yo nada.
 SANCHO. Este cochero me agrada,
 por su término me muero.
 Apenas lo estoy creyendo,
 mucho me habéis obligado,
 que sois el primer criado
 que dejó de entrar pidiendo.
 COCHERO. Miro estas piezas, en quien,
 estoy como en reino extraño.
 SANCHO. Por Dios que tiene el picaño
 capricho de hombre de bien.
 COCHERO. Aquella es gentil pintura.
 SANCHO. Cuando esto considero,
 que hable en pintura un cochero,
 llevo á la postrer locura.

COCHERO. Cuatro años os serviré
 de balde, señor, por ella,
 y aun entonces merecilla
 entiendo que no podré.
 SANCHO. Hombre, yo estoy espantado
 con lo que aquí estoy oyendo,
 qué aun eso que estás diciendo
 parece que está pintado.
 Dalde mañana un vestido
 por este gentil humor.
 ROBERTO. Más parece sangrador
 que cochero.
 COCHERO. Así lo he sido.
 Conózcote ya la vena,
 y séle muy bien sangrar.
 (Vase el COCHERO.)
 ROBERTO. Dice que te quiere hablar
 el sastre.
 SANCHO. ¡Qué alma tan buena!
 ¿Trae las tijeras consigo?
 SASTRE. No señor, vengo sin ellas.
 SANCHO. Pues volved luego á traellas;
 que las traigáis luego digo.
 SASTRE. Aquí las traigo, señor;
 por Dios, que estaba olvidado.
 SANCHO. Sois un sastre descuidado,
 enfadoso y moleador.
 ¿Cuándo salís de pecado,
 digo, de vuestro ejercicio?
 SASTRE. ¿Luego es pecado mi oficio?
 SANCHO. ¡Qué bueno!, ¿lo habéis dudado?
 SASTRE. Este jubón traigo aquí,
 que me lo dió el jubetero.
 SANCHO. Es de raso; no lo quiero.
 SASTRE. ¿Y de terciopelo?
 SANCHO. Sí.
 SASTRE. No se usa.
 SANCHO. Ese es mi uso,
 el no usar lo que usan todos.
 SASTRE. Vuestros peregrinos modos,
 señor, me tienen confuso.
 SANCHO. ¿Puede entrar en confusión
 un sastre, ó poner en ella?
 ROBERTO. Ved que venís á traella.
 SANCHO. Deshaced luego el jubón
 y haced dél unos calzones.
 ROBERTO. Señor, no te alcanzarán.
 SANCHO. Para el mono servirán:
 cánsanme los replicones.
 SASTRE. ¿Ha de vestir raso de oro
 un mono?
 SANCHO. ¿Será el primero
 que se viste, majadero,
 en Madrid con más tesoro?
 Muchos que en nuestra opinión
 hombres son en el lugar
 en cocar y en imitar,
 monos de los otros son.
 Y si yo, por vida mía,
 gobierno en Madrid tuviera,
 calle de monos hiciera,
 llamada monacería.
 Cuando algún escudero
 á un grande señor remeda
 y con él se pone en rueda,
 ¿negaréisme que es monazo?
 Mas vuestra honrada persona...

SASTRE. Oir quiero mis abonos.
 SANCHO. En medio de tantos monos,
 es solamente la mona.
 Hacedme una sotanilla
 con manga suelta, y que al suelo
 llegue.
 SASTRE. Señor, ya recelo.
 SANCHO. ¿Queréis que os tire esta silla?
 SASTRE. Ese es vaquero, señor.
 SANCHO. Tiempo es de toros, y quiero
 ser en el traje vaquero
 porque me tengan amor.
 Las vacas son tus tesoros,
 y en ellas están sus llamas,
 y así seré el guardadamas
 de las damas de los toros.
 Adiós, buen sastre, y daos prisa.
 (Vase el SASTRE.)
 ROBERTO. Muriendo de risa va.
 SANCHO. Dispuesto á morir está
 quien se muere con la risa.
 El maestro del calzado,
 ¿ha venido?
 ROBERTO. Ya está aquí.
 SANCHO. ¿Es esta la horma?
 ZAPAT. Sí.
 SANCHO. El señor se os ha olvidado,
 y en puntos me he de poner
 con hombre que en puntos trata:
 esta horma es mentecata.
 ZAPAT. ¿Cómo?
 SANCHO. Roma viene á ser:
 calzadme muy puntiagudo.
 ZAPAT. El uso nos lo ha vedado.
 SANCHO. Hasta en los pies y el calzado
 quiero parecer agudo.
 Con el corcho levantad
 bien cuatro dedos del suelo
 los zapatos.
 ZAPAT. ¡Vive el cielo,
 que es pesada necedad!
 Aunque es de corcho, señor,
 ¿corcho pide en el verano?
 SANCHO. No voy con el tiempo, hermano:
 el tiempo siga mi humor.
 Las orejas les quitad.
 ZAPAT. Parecen mal sin orejas.
 SANCHO. Ellos darán esas quejas
 si es que fuere crueldad.
 ZAPAT. Aunque sea hacerte servicio,
 señor, no lo puedo hacer,
 porque eso es darme á entender
 que yo no entiendo el oficio.
 SANCHO. Un capricho me ha llegado
 que lo pienso ejecutar:
 á este me han de mantear
 por lo que me ha replicado.
 Manta dije, manta pido.
 (Entran cuatro pajes con una manta.)
 ZAPAT. Señor...
 SANCHO. No tiene remedio;
 no hay sino tenderse en medio,
 en lo más blando y mullido.
 ¿Gustaréis de la madera
 que allá en las vigas está?

ZAPAT. Señor...
 SANCHO. Más fuego me da.
 Si este hombre bajo no fuera,
 sólo por darme placer
 mantear se hubiera dejado.
 ROBERTO. Ea, que estáis muy pesado.
 SANCHO. Ayudádmeme á tender.
 ZAPAT. ¡Vive Cristo!
 SANCHO. ¿Qué blasona?
 (Empiezanle á mantear.)
 Tendamos este Roldán
 de suela y de cordobán.
 ZAPAT. Yo vendré á ser de corona.
 Señor, más baja la mano.
 SANCHO. Tengo alta la intención.
 ZAPAT. No vuela más un halcón.
 SANCHO. Sed más obediente, hermano.
 Dejalde agora en el suelo;
 tomad ese dobloncillo.
 ZAPAT. Aun así podré sufrillo,
 que éste aun me dará más vuelo.
 SANCHO. ¿Seréis de hoy más obediente?
 ZAPAT. Seré tu esclavo, señor.
 SANCHO. El interés y el temor
 son los dueños de esta gente.
 (Vase el ZAPATERO.)
 ¿Á cuántos de Mayo estamos?
 ROBERTO. A veinte.
 SANCHO. Tapicería
 colgad luego.
 ROBERTO. Eso sería
 pretender que nos friamos.
 SANCHO. Poned dos pares de esteras
 en mi aposento.
 ROBERTO. Señor,
 cuando con tanto rigor
 vibran rayos las esferas,
 ¿tal ordenas, tal dispones?
 SANCHO. ¿También vos me replicáis?
 Yo pienso que os razonáis
 unos ciertos pescozones.
 Echen más ropa en mi cama,
 tráiganme el calentador
 para esta noche.
 ROBERTO. Señor,
 ¿quieres dar risa á la fama?
 Ya entiendo, algunos dolores
 te deben de lastimar,
 y así pretendes tomar
 disimulados sudores.
 Mucho el término me agrada
 de acometer esa cura.
 SANCHO. Y á mí tu vana locura
 no me entretiene, me enfada.
 Vesme aquí, pues no he sudado
 ni aun una gota en mi vida.
 ROBERTO. Tendrás la carne ceñida:
 debes de ser muy cerrado.
 SANCHO. Sí, no soy nada poroso.
 ROBERTO. Aquí viene el cocinero.
 SANCHO. ¿Oís?
 COCIN. Señor...
 SANCHO. Cenar quiero.
 desde hoy más.
 ROBERTO. Caso gracioso.
 COCIN. ¿Qué, señor?
 SANCHO. Olla podrida,

con el nabo y el tocino.
 COCIN. No hay nabos.
 SANCHO. ¡Qué desatino!
 Gusto yo de esa comida.
 COCIN. Está ya Junio á la puerta,
 ¿cómo nabos ha de haber?
 SANCHO. Para esto pienso tener
 por cuenta mía una huerta,
 donde á tiempo los sembramos,
 que así á tenerlos vengamos
 á este tiempo, mal gozamos;
 del mundo poco sabemos
 los que tenemos hacienda,
 cuando no se gasta así.
 Oís, no me entréis aquí
 sin nabos; deje una prenda
 en fe de que los traerá:
 decídselo al despensero.
 COCIN. Traígalos él, que yo quiero
 gustallos.
 SANCHO. Así será.
Entra el DESPENSERO.
 DESPEN. Para mí será imposible.
 SANCHO. Aquí el despensero estaba
 tan mudo que nada hablaba;
 parece cosa increíble.
 DESPEN. Señor, estoy sin dineros.
 SANCHO. ¿Pues cómo siendo ladrón,
 si de vuestras manos son
 los míos?
 ROBERTO. Lindos aceros
 tiene en decir un pesar.
 DESPEN. No tengo blanca.
 SANCHO. Que honrado
 no quiso decir cornado,
 agüeros sabe excusar.
 ¿Y el crédito?
 DESPEN. Está falido.
 SANCHO. ¿Pues un despensero honrado
 está desacreditado?
 DESPEN. Todo anda muy perdido.
 SANCHO. ¿A mayordomo?...
 ROBERTO. Señor...
 SANCHO. Despachad al despensero.
 ROBERTO. Después le daré dinero.
 ¡Gran palabra, gran favor!
Sale un PAJE.
 PAJE. Los oficiales están
 aquí, ya con el vestido
 de tus bodas.
 SANCHO. He creído,
 que he de salir muy galán.
 PAJE. ¿Quiéreste vestir aquí?
 SANCHO. En el jardín, á la orilla
 de esa clara fuentecilla.
 PAJE. Estarás muy fresco allí,
 y te podrá causar daño.
(Vánse DON SANCHO y el PAJE.)
 ROBERTO. El no busca otro camino,
 sino el que es más peregrino:
 sólo apetece lo extraño.
 ¡Por Dios!, que sirvo á un señor
 prodigioso y admirable,

que es un loco inimitable,
 y de singular humor.
(Vase y sale DOÑA LUCRECIA, dama setentona, y dos DUEÑAS.)
 LUCREC. Dos años ha que cumplí,
 setenta años no más.
 DUEÑA 1.^a En tu edad florida estás.
 DUEÑA 2.^a Tal me lo parece á mí.
 LUCREC. Aún estoy para casarme
 con don Sancho, mi señor;
 téngole notable amor,
 sólo él pudiera obligarme.
 Mil señores titulados
 mis bodas han pretendido,
 mas ninguno ha merecido
 ser dueño de mis cuidados.
 DUEÑA 1.^a Nadie fué tan desdichado.
 LUCREC. ¿Qué dices?
 DUEÑA 1.^a Que es muy dichoso.
 LUCREC. Ya el casamiento es forzoso.
 DUEÑA 2.^a Paréceme á mí forzado.
 LUCREC. ¿Está bueno este abanino?
 DUEÑA 2.^a ¿Qué puede estar bueno en ti?
 LUCREC. ¿Qué dices?
 DUEÑA 2.^a Señora, sí.
 LUCREC. ¿Y el vestido?
 DUEÑA 2.^a Es peregrino.
 LUCREC. El verde color me aumenta
 más donaire y hermosura.
 DUEÑA 1.^a Esta, con tanta locura,
 nuestros oídos afrenta.
 DUEÑA 2.^a Desvergüenza me parece.
 DUEÑA 1.^a Sin duda es más propio nombre
 cuando una mujer á un hombre
 con tantos años se ofrece.
 ¿En qué se pudo fundar?
 Donde falta la riqueza,
 vejez llena con pobreza.
 DUEÑA 2.^a No se deja averiguar.
 La locura es peregrina.
 DUEÑA 1.^a Es peregrina y costosa.
*Entra DON SANCHO con unos calzones por mangas de jubón,
 y una sotanilla con mangas tan largas que parece vaquero,
 unas calzas cortísimas, zapato puntiagudo y cuello amarillo.*
 SANCHO. Lucrecia, más hermosa
 que la Romana divina.
 Nada me da más deleite,
 aunque mi opinión es rara,
 que el ver brillar esa cara
 con las luces del afeitado.
 Dueñas, despedildas luego.
 LUCREC. ¿Quién me ha de servir á mí?
 SANCHO. Mis lacayos.
 LUCREC. ¿Cómo así?
 ¿Estáis loco, venís ciego?
 Tomad la mano, y dejad
 tan necia bachillería.
 SANCHO. Qué presto me desafia.
 ¿Esto llamáis necedad?
 Destas dueñas he de hacer
 mozos para vuestra silla.
 LUCREC. La opinión me maravilla.
 DUEÑA 1.^a ¿Ya no es tiempo de comer?
 SANCHO. ¿Quién lo pregunta?
 DUEÑA 1.^a Una dueña.
 SANCHO. Créolo de vuestro modo;
 dueñas queréis ser en todo.

DUEÑA 2.^a Nuestra autoridad desdeña.
 SANCHO. Bailen las dueñas.
 DUEÑA 2.^a Señor,
 ninguna sabe bailar.
 SANCHO. No me habéis de replicar,
 que no lo sufre mi humor.
 ROBERTO. Hasta mañana perdona,
 porque aquí dar fin es justo
*al Caprichoso en su gusto
 y á la Dama setentona.*

65

III.—Los Mirones en la Corte.

Diálogo en prosa.

INTERLOCUTORES DEL DIÁLOGO:

CLAUDIO. MAURICIO.
 ROSELIO. FELINO.

CLAUDIO.

Pensé yo que era el único mirón cortesano,
 y el primero y el último que había hallado este
 alto modo de recrear el entendimiento; pero
 al fin los pensamientos de los hombres se en-
 cuentran, y ninguno puede decir con verdad
 que es peregrino y singular.

ROSELIO.

Esa opinión es tan probable, que tiene vuesa
 merced á su lado otros dos eminentísimos mi-
 rones, el señor Mauricio y el señor Felino,
 cualquiera dellos curioso filósofo de la vista.

CLAUDIO.

Con toda reverencia los saludo, y sin ser esto
 hacer examen (que no me atreviera yo á tan
 difícil empresa), pregunto al señor Felino qué
 cosas mira y de cuáles se admira; porque
 quien no junta estas dos partes, indigno es de
 tan grave título; que hacer empleo de los ojos
 en nada que no levante la consideración del
 entendimiento, carece de alabanza, y es poner
 la ocupación en el ocio, pues la parte más prin-
 cipal queda sin ejercicio.

FELINO.

En cosas muy menudas, y que otros, por hu-
 mildes, las dejen despreciadas, suelo hallar
 yo admiración, y este es el ingenio, que en las
 que por su exterior grandeza llevan consigo la
 recomendación de admirables, aun al más rús-
 tico aldeano levantan el espíritu, que ofrece
 alabanzas, con la lengua, públicas, ó con el co-
 razón, secretas, al ingenioso y liberal artífice.
 Suelo yo admirarme mirando un estampero,
 que con veinte reales de mercadería, emplea-
 dos parte en estampas, parte en coplas de
 ciego, come, viste, paga casa y aun le sobran
 dineros; y, por el contrario, un mercader,
 grande ministro de telas y brocados, morir de
 hambre, como Midas, entre el mismo oro; y
 considerando yo estos juegos de la fortuna,
 escarmiento en sus desprecios y piso sus alti-
 veces.

CLAUDIO.

Considera vuesa merced con mucha pruden-
 cia; pero pregunto: ¿no le admira, sobre todo
 el mirar, que aquí nada admira?

FELINO.

Sí; pero el ver cuán aprisa mejoran los hom-
 bres de puesto, y que con la misma violencia
 vuelven á perdelle, siendo el daño del particu-
 lar consuelo del pueblo en común, me admira,
 con el último extremo, y más que todo el áni-
 mo de los que, siendo malquistos, duermen
 seguros sobre las injurias de tantos.

ROSELIO.

Bueno, señores mirones; gente son vuesa
 mercedes (y hablo con propiedad) de grande
 miramiento; yo, para pudrirme, uso, no del sen-
 tido de la vista, sino para deleitarme. Miro,
 pues, las mañanas de Mayo salir al campo tanta
 hermosa dama á desafiar á las flores que en él
 nacen, porque por mayor gloria suya las quie-
 ren vencer cuando están con tantas ventajas,
 pues les dan la batalla dentro de su misma
 casa. Contemplo unas doncellonas opiladas,
 no del barro que comen, sino del marido que
 les dilatan, y que si les diesen en vez del acero
 un novio al lado, traerían ocupado el vientre
 de huésped, más provechoso á su salud y al
 aumento del linaje humano; miro las madres
 que las acompañan, muy puestas en llevar de
 memoria el orden que dió el médico, sin con-
 sentir que se exceda: acusan en sus hijas con
 rigor las propias mocedades que hicieron cuan-
 do eran de su edad, sobre la contienda se dis-
 gustan, de donde se sigue volverse la enferma
 á casa descontenta y haber sido la medicina
 más dañosa que útil.

MAURICIO.

Tal es comunmente el ingenio de las muje-
 res; pero nada me admira á mí más como el
 ver que aquí todos somos ladrones los unos de
 los otros; porque lo que el tabernero hurta al
 mercader en la mala medida, él se lo roba á él
 en el engaño que le hace en la mercadería. El
 carnicero, al solicitador, le engaña en el peso, y
 el solicitador al carnicero en los pasos que da
 en su negocio, contándole cuatro por medio.
 Vos, que deseáis hablar bien, sois ladrón de las
 frases de vuestro vecino, porque las que tiene
 son elegantes, y el que desea ser airoso y galán
 (porque sois en esto perfecto) os roba el
 brío y las acciones, de modo que yo pienso
 que en esta parte los cortesanos quedamos
 iguales, y no es menester que nos hagamos
 restitución los unos á los otros.

CLAUDIO.

Vuestra admiración me satisface, pero escu-
 chad. Suelo yo pasar por esa puerta de Gua-
 dalajara y quedarme suspenso por largo espa-
 cio viendo trabajar á muchos oficiales con
 vestidos de seda, llenos de tanta guarnición,
 que no los sacan mejores en sus bodas muchos
 caballeros de ciudad; rózase allí la seda con la
 seda en servicio de sí propia, y parece que,
 como tanto la tratan, la desestiman, de modo